

Un viaje en el Canfranero

NO, en absoluto, el lector no debe preocuparse si cree que va a hablarse una vez más aquí, y con no poca razón, de la reapertura del túnel ferroviario de Canfranc-Estación que debería volver a unir, a través del hierro, Aragón con el país vecino del norte. Se trata de una propuesta más simple, menos utópica y más llevadera también.

Apenas se precisan inversiones mayores, porque ahí está, tal cual, infrautilizado, desconocido y aún vilipendiado por no pocos aragoneses que lo miran con indiferencia porque lo perciben como algo caduco y fuera de lugar. Y a lo mejor a su manera tienen razón, porque los responsables de la cosa gastan casi toda su energía en reivindicar una y otra vez la reapertura de la gloriosa estación y cierran los ojos ante alternativas más inmediatas: valorar y explotar un recurso que ya poseemos y que quisieran otras Comunidades.

Mientras va o no llegando, si es que llega, la deseada reapertura, podrían intentar vender a los ciudadanos una experiencia diferente. Un viaje en tren de fin de semana o de cualquier otro día del año. Bastaría una adecuada publicidad y convencer a los ciudadanos de que, aún a pesar de la desafortunada incomunicación con Francia por ferrocarril, es una suerte tener un medio de locomoción de esta naturaleza. Con escasa puntualidad y lento como un buey, el nostálgico Canfranero recorre Zaragoza-Canfranc, y viceversa, dos veces al día, todos los días del año. Son unas 4 horas, media más que en sus mejores tiempos y el doble de lo que cuesta en coche.

Pero no hay por qué comparar. El tren recorre un camino tortuoso en el llano y con paradas en varias estaciones. El mayor rodeo lo

da desde el embalse de la Peña, que bordea por su derecha, hasta Sabinánigo, para alcanzar después Jaca. Más tarde, y frente a Aratorés, puede volver tarumba a cualquiera, porque progresa de forma rara, culebreando para ganar altura avanzando y retrocediendo, y hasta apareciendo y desapareciendo por sorpresa en el interior de diminutos túneles. A los románticos no nos importa nada ese largo trayecto y esas vueltas y revueltas caprichosas, porque no es sólo el viaje en sí, que nos traslada a épocas pasadas, sino que cuenta también el hermoso recorrido, sobre todo desde que el tren alcanza la magia de Huesca y supera los murrallones de los Mallos de Riglos.

Quedan después Ayerbe, Sabinánigo, la milenaria Jaca y, en ella, la mítica Peña Oroel, que se levanta en lo alto como un centinela. El tren pasea después al viajero hasta el final del recorrido por una atalaya de ensueño, desde la que divisa el fondo del valle por donde discurren las recién nacidas aguas del Aragón, el río que dio nombre a nuestra Comunidad. Antes de finalizar, aún podrá ver desde la ventanilla Castiello de Jaca, la de las Cien Reliquias, Villanúa o Villa Novo, bajo el macizo de Collara-

"Mientras llega, si es que llega, la deseada reapertura, podrían intentar vender a los ciudadanos una experiencia diferente: un viaje en tren de fin de semana o de cualquier otro día; lujo para los sentidos, fuera de tiempo"

da, Canfranc-pueblo con el torreón quemado de la iglesia de la Trinidad y el Puente del Peregrino, el Puente de Fusileros y, por fin, Canfranc-Estación, con su impresionante monumento, símbolo de la arquitectura modernista de finales del siglo XIX y, enfrente, la iglesia ideada por Fisac.

El viajero no tiene por qué llegar hasta el final del trayecto; puede detenerse y bajar del tren en cualquiera de todos estos pueblos o ciudades, porque siempre será bien recibido y podrá descubrir cosas nuevas. Viajar así, de vez en cuando, es un lujo, un placer para los sentidos. Una forma saludable de no dilapidar el tiempo desplazándose al ritmo trepidante que impone el automóvil de todos los días, porque el tiempo en este tren no se quema, se regala. Viajar con amigos, bota de vino presta, bocata de jamón o chorizo de rigor, conversación agradable, incluso con el revisor del tren, y contemplando el variado paisaje, es un poema; una forma distinta de recuperar valores que se nos antojan irremediablemente perdidos. Una vez concluido el viaje de ida, si es que se llega hasta el final, quedan algunas opciones para llenar el tiempo con sabor hasta el regreso: un garbeo por las inmediaciones de Canfranc; algún tramo del Camino de Santiago; o, para los más preparados, un ascenso a la desembocadura de la Canal de Izas, frente a la fortaleza Coll de Ladrónes, para penetrar en el valle y andar tanto como les apetezca. Los pasajeros urbanos lo tienen más fácil: pasear por la población y admirar su impresionante estación. Después del aperitivo y comida, al final de la tarde, el trayecto en sentido opuesto y vuelta pacífica a lo de siempre.

Antonio Serrano Nicolás es profesor titular de la Escuela Universitaria de Ingeniería Técnica Industrial